



De Maizière y Helmut Kohl, canciller de la RFA.

El muro, otra vez

Por Johannes Kabatek

Cuando Maurice Blanchot publicó en 1964 sus reflexiones sobre «El nombre de Berlín», (publicado primero en italiano en «Il Menabo», N.º 1, Turín, 1964), la construcción y existencia de aquella fortaleza que llamábamos el «símbolo de la separación» (NR 2/90) era todavía muy reciente. Dos aspectos destacan en su artículo, y en la situación actual, después del 9 de noviembre del pasado año, me parecen dignos de ser recordados.

Para el crítico francés el muro es, más que un símbolo, un *signo* que designa —como todo signo— una ausencia: la ausencia del esplendor de la ciudad llena de vida de los tiempos anteriores a la división, es decir, la unidad. El muro es un signo que «logró concretizar abstractamente la división, hacerla visible y tangi-

ble». Y como «la abstracción es nuestro mundo, el mundo en que vivimos y pensamos día tras día», el muro como signo abstracto nos hizo posible el acceso al hecho concreto, la separación. Y, si vivimos en la abstracción, ésta sustituye lo que llamamos el «mundo concreto». Así, el muro sustituyó «la verdad sociológica de una situación»: El muro, el signo, *se hizo* la separación.

Recuerdo un cuento de niños que trata de dos amigos que, cada vez que surgía un conflicto entre ellos llenaban una botella con agua, se ponían a mirar durante un rato hacia la botella, hasta que estaban convencidos de que sus opiniones opuestas estaban sueltas en el agua, dentro de la botella, para tirarla en seguida al río que se la llevaba, y con ella llevaba también el conflicto.

¿Qué está pasando ahora que se está derrumbando el muro? Cuando desaparezca el *signo* que nos ha hecho *conocer* la separación, ¿no desaparecerá también la realidad designada? La realidad, si es que existe como tal,

pa, mediante el Plan Marshall. Y esa cantidad no será la única, ya que la reconstrucción económica de la RDA necesitará mucho dinero en los próximos años. Entre otras cosas, Bonn garantizará el pago de las jubilaciones de los ciudadanos del este.

El 2 de julio —Día D, de Deutsche Mark— los alemanes del este han podido hacer realidad su sueño de tantos años de penuria. Han podido cambiar sus marcos, legalmente, por marcos occidentales con verdadero poder adquisitivo. Se ha puesto en marcha el Tratado Estatal, que supone un extraordinario experimento económico. Han podido cambiar 4.000 marcos orientales por idéntica cantidad de marcos occidentales. El resto de sus ahorros los han cambiado, en la proporción de dos suyos por uno de la otra Alemania.

Muchos alemanes rememorarán aquella conversión mo-

evoca los signos. Y si los signos desaparecen es que ya no hay qué o quién los evoque.

El segundo aspecto mencionado por Maurice Blanchot es el de la «existencia de dos lenguajes sin ningún contacto, dentro del mismo lenguaje», consecuencia de la separación por el muro. Cada cosa se define en un contexto de tiempo y lugar o espacio, y si éste es separado completamente, las cosas también se vuelven distintas. Los dos lenguajes separados por el muro parecen ser iguales, porque tienen la misma historia y el mismo aspecto, y sin embargo se han separado igual que los dos paisajes en que existían.

Ahora, que el muro se va, ¿volvemos a emplear el mismo lenguaje? ¿O es que sólo nos parece ser el mismo lenguaje, y en realidad son dos, y vivimos ese engaño, entendiéndonos mal continuamente? ■

Johannes Kabatek es licenciado en Filología Románica por la Universidad de Tubinga, en la que trabaja como asistente en el Departamento de español.

*El c
la F
entr
100,
igua
los
el c.
Aler
aum
por
afirr
Slea
del i
esto
al h
de o
trab.
saca*